

EL CREADOR AUDIOVISUAL FRENTE A LA LÓGICA INDUSTRIAL

POR: ADAN ANTONIO PÉREZ GONZÁLEZ

En el imaginario cultural contemporáneo, el creador audiovisual suele representarse como una figura autónoma, impulsada por una visión personal y por la necesidad de contar historias que le resultan urgentes o significativas. Directores, guionistas, productores creativos o showrunners aparecen, dentro de la narrativa pública, como los arquitectos de mundos narrativos capaces de conmover, provocar o entretener a audiencias globales. Sin embargo, detrás de esa imagen romántica de la creación existe una realidad mucho más compleja: el audiovisual es, antes que nada, una industria. Y, como toda industria, responde a calendarios, presupuestos, expectativas de mercado y estructuras organizativas que condicionan profundamente el acto creativo.

Esta tensión entre la autoría y el encargo constituye una de las contradicciones más persistentes dentro del ecosistema audiovisual. El creador no trabaja en el vacío ni responde únicamente a su impulso expresivo; lo hace dentro de sistemas de producción donde intervienen inversionistas, ejecutivos, plataformas, audiencias segmentadas y algoritmos que anticipan comportamientos de consumo. En ese contexto, la pregunta central deja de ser únicamente qué historia quiere contar el autor, para transformarse en otra mucho más incómoda: qué historia puede contarse dentro de los márgenes permitidos por la lógica industrial.

No se trata de una tensión nueva: la relación entre la visión artística y las exigencias productivas ha estado marcada por negociaciones, conflictos y adaptaciones constantes. Sin embargo, en el contexto actual, caracterizado por la expansión de las plataformas de streaming, la globalización de los contenidos y la intensificación de la competencia por la atención del público, esa fricción parece haberse vuelto más visible y, en muchos casos, más difícil de gestionar. El creador audiovisual contemporáneo se mueve en un terreno donde la autoría sigue siendo un valor simbólico poderoso, pero donde el encargo industrial determina cada vez más las condiciones de posibilidad de la creación.

Comprender esta tensión resulta fundamental no solo para analizar la producción audiovisual, sino también para reflexionar sobre el tipo de historias que terminan llegando a las pantallas y sobre el papel que los profesionales del sector desempeñan dentro de una estructura que oscila constantemente entre la expresión cultural y la lógica empresarial.

El audiovisual, a diferencia de otras formas artísticas más individuales, es una actividad profundamente colectiva y económicamente intensiva. Realizar una película, una serie o incluso un contenido digital de alto impacto requiere recursos técnicos, humanos y financieros considerables. Esa dependencia estructural del capital convierte al creador en parte de una cadena productiva donde cada decisión creativa tiene implicaciones económicas.

En ese contexto, la figura del encargo se vuelve inevitable. Un proyecto audiovisual rara vez nace únicamente de la iniciativa del autor. Con frecuencia surge de necesidades industriales muy concretas: cubrir una franja de programación, responder a una tendencia de mercado, aprovechar el éxito de un género o desarrollar una propiedad intelectual con potencial comercial. El creador entra entonces en un proceso donde su capacidad de propuesta debe convivir con expectativas previamente definidas.

Este fenómeno no implica necesariamente la desaparición de la creatividad, pero sí transforma su naturaleza. La creación deja de ser un acto completamente libre para convertirse en una negociación permanente entre lo que el autor desea expresar y lo que la estructura productiva considera viable o rentable.

La consecuencia es un equilibrio frágil. Por un lado, las empresas de contenido buscan diferenciarse mediante proyectos que posean una identidad clara, una voz reconocible o una propuesta estética distintiva. Por otro lado, esas mismas empresas establecen mecanismos de control, como el desarrollo supervisado de guion, las pruebas de audiencia y los ajustes editoriales, que limitan el margen de desviación respecto de lo que se considera seguro dentro del mercado.

Esta dinámica genera una situación en la que el creador se encuentra constantemente calibrando sus decisiones. La pregunta ya no es solo qué quiere decir, sino hasta dónde puede decirlo sin comprometer la viabilidad del proyecto. El resultado es un proceso creativo atravesado por múltiples capas de negociación invisible.

En la práctica profesional, esto suele manifestarse en pequeñas renunciaciones acumulativas: un personaje que se simplifica para hacerlo más accesible al público, una escena que se elimina porque afecta el ritmo narrativo esperado por la plataforma o un final que se ajusta para facilitar una posible continuación de la historia. Cada una de estas decisiones puede parecer menor, pero, en conjunto, configuran el tipo de relato que finalmente se produce.

Lo problemático no es que existan ajustes, pues toda obra audiovisual requiere adaptación y diálogo entre distintas áreas, sino que esas modificaciones tienden a orientarse hacia un mismo objetivo: minimizar la incertidumbre. Y la incertidumbre, precisamente, es uno de los motores históricos de la innovación narrativa.

La industria audiovisual ha demostrado repetidamente que los contenidos que terminan transformando el panorama cultural suelen surgir de apuestas que, inicialmente, parecían arriesgadas o poco convencionales. Sin embargo, los sistemas de producción contemporáneos, cada vez más apoyados en análisis de datos y modelos predictivos de audiencia, tienden a privilegiar fórmulas que ya han demostrado su eficacia comercial.

En ese escenario, el creador enfrenta una tensión adicional: la presión por demostrar que su propuesta encaja dentro de patrones reconocibles. Las ideas deben presentarse en términos de comparación con proyectos exitosos previos, lo que reduce el espacio para aquello que todavía no tiene precedentes claros.

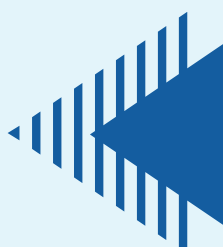
Esta lógica tiene efectos que van más allá de la producción individual de contenidos. A largo plazo, influye en la diversidad narrativa del ecosistema audiovisual. Cuando las decisiones creativas se orientan sistemáticamente hacia la replicación de estructuras probadas, el riesgo es que el panorama cultural termine dominado por variaciones de un mismo conjunto de fórmulas narrativas.

En ese contexto, la figura del creador autoral adquiere un valor ambiguo. Por un lado, la industria utiliza la noción de autoría como elemento de marketing: la presencia de una voz reconocible puede convertirse en una marca capaz de atraer audiencias. Por otro lado, esa misma autoría se vuelve problemática cuando implica decisiones que desafían los parámetros establecidos del mercado.

El resultado es una relación ambivalente entre el sistema industrial y el creador. Se celebra la individualidad creativa siempre que esta pueda integrarse dentro de una estructura productiva previsible. Cuando esa individualidad introduce demasiada incertidumbre, la industria tiende a reequilibrar el proceso mediante mecanismos de control editorial.

Para los profesionales del audiovisual, esta situación plantea desafíos éticos y estratégicos. El trabajo dentro de la industria implica, inevitablemente, compromisos. Ningún proyecto se realiza en completa independencia de sus condiciones de producción. Sin embargo, aceptar esa realidad no significa ignorar las implicaciones culturales de las decisiones que se toman durante el proceso creativo.

Cada ajuste narrativo, cada simplificación de un conflicto y cada concesión a la lógica del mercado contribuyen a moldear el tipo de historias que circulan en la esfera pública. El audiovisual no solo entretiene; también configura imaginarios colectivos, define representaciones sociales y establece marcos simbólicos desde los cuales las audiencias interpretan el mundo.



No es únicamente un problema profesional interno al sector; es también una cuestión cultural de mayor alcance. Cuando la lógica industrial se impone de forma absoluta sobre la lógica creativa, el riesgo es que el audiovisual pierda parte de su capacidad para explorar zonas incómodas, cuestionar narrativas dominantes o imaginar alternativas a los discursos establecidos.

Y no se trata de romantizar la figura del creador independiente ni de negar la importancia de la viabilidad económica. El audiovisual requiere estructuras productivas sólidas para existir. Pero también resulta necesario reconocer que la sostenibilidad cultural de la industria depende, en parte, de su capacidad para preservar espacios donde la autoría pueda desarrollarse con cierto grado de autonomía.

La verdadera cuestión no es si el creador debe trabajar dentro de un sistema industrial, porque inevitablemente lo hará, sino cómo se negocia esa relación: qué tipo de decisiones se consideran irrenunciables, qué riesgos se está dispuesto a asumir y qué grado de intervención editorial se acepta como parte del proceso.

En última instancia, la tensión entre autoría y encargo revela una contradicción más profunda: la industria audiovisual necesita la creatividad para renovarse, pero, al mismo tiempo, intenta domesticarla para hacerla predecible. Ese equilibrio inestable es, probablemente, una de las características estructurales del sector.

La pregunta que permanece abierta es hasta qué punto los profesionales del audiovisual están dispuestos a cuestionar ese equilibrio cuando comienza a limitar la capacidad del medio para explorar nuevas formas de narrar. Porque, en el fondo, la vitalidad cultural de una industria creativa depende de algo que ningún algoritmo puede anticipar por completo: la aparición de ideas que no encajan del todo en las expectativas del mercado.

Y tal vez ahí reside la verdadera responsabilidad del creador contemporáneo: no en rechazar la lógica industrial, pero tampoco en aceptarla sin reservas, sino en habitar esa zona de fricción donde la creatividad aún puede encontrar espacio para incomodar, proponer y transformar. La pregunta es si, en un sistema cada vez más orientado hacia la eficiencia y la previsibilidad, esa fricción seguirá siendo tolerada o si terminará siendo considerada un obstáculo innecesario dentro del engranaje de la producción audiovisual.

ADAN ANTONIO PÉREZ GONZÁLEZ

